

LIBRO OCTAVO.

LOS CEMENTERIOS TOMAN LO QUE SE LES DA.

I

Donde se trata de la manera de entrar en un convento.

En esta casa fué donde Juan Valjean había, según dijo Fauchelvent, “caído del cielo”.

Había saltado por la pared del jardín que formaba el ángulo de la calle Polonceau. Aquel himno de ángeles que había oído en medio de la noche, era el canto de maitines de las monjas; la sala que había visto en la obscuridad, era la capilla; la fantasma que vió tendida en tierra, era la hermana del poste en el acto del desagravio; la campanilla cuyo extraño ruido le había sorprendido tanto, era el cascabel del jardinero, atado á la pierna del tío Fauchelvent.

Acostada Cosette, Juan Valjean y Fauchelvent habían cenado, como hemos dicho, un pedazo de queso y un vaso de vino al amor de una buena hoguera chispeante; y como la única cama que había, estaba ocupada por Cosette, se habían echado cada uno sobre un haz de paja.

Juan Valjean antes de cerrar los ojos, había dicho: “Es preciso que me quede aquí”. Esta frase había estado dando vueltas toda la noche en el cerebro de Fauchelvent.

A decir verdad, ninguno de los dos durmió.

Juan Valjean, viéndose descubierto y perseguido por Javert, comprendía que tanto Cosette como él, estaban perdidos si entraban de nuevo en las calles de París. Puesto que la nueva ráfaga de viento que le impeliera le había arrojado á aquel claustro, ya no tenía Juan Valjean más que una idea: quedarse allí. Para un desgraciado en su posición, era el convento á la vez que el refugio más peligroso, el más seguro; el más peligroso, porque no pudiendo entrar allí ningún hombre, si era descubierto, lo sería en flagrante delito, y no tendría que esperar para ir á la cárcel; el más seguro, porque si conseguía que le admitiesen y se quedaba, ¿quién había de ir á buscarle allí? Habitar en un lugar imposible, era su salvación.

Fauchelvent, por su parte, se devanaba los sesos, acabando por conocer que nada comprendía.

¿Cómo se encontraba allí el señor Magdalena dadas las tapias del jardín? Las paredes de un claustro no se traspasan.

¿Cómo estaba allí llevando aquella niña? Una pared vertical no se escala llevando en brazos una criatura.

¿Quién era aquella niña? ¿De dónde venían ambos? Desde que Fauchelvent entró en el convento no había oído hablar más de M* sur M* y no sabía nada de lo que allí había pasado. El señor Magdalena tenía ese aspecto que desanima á los curiosos; y además, Fauchelvent se decía á sí mismo: A un santo no se le interroga. El señor Magdalena había conservado para él todo su prestigio. Solamente por ciertas palabras escapadas á Juan Valjean, el jardinero creyó poder deducir que el señor Magdalena había podido quebrar, á causa de las dificultades de la época, y que le perseguían sus acreedores, ó bien que se había comprometido en algún negocio político y debía ocultarse, lo cual no repugnaba á Fauchelvent, quien, como casi todos los campesinos del Norte, tenía un antiguo fondo bonapartista. Ocultándose, pues, el señor Magdalena, había buscado un asilo en el convento, y era natural que quisiese permanecer en él. Pero lo inexplicable, y en lo cual devanaba inútilmente sus sesos Fauchelvent, era en el cómo había entrado allí el señor Magdalena, y entrado además con la niña. Fauchelvent la veía, los tocaba, les hablaba, y no podía creerlo. Lo incomprendible acababa de hacer su entrada en el tabuco de Fauchelvent, que andaba á tientas en medio de mil diversas conjeturas, y no veía claro sino esto: Que el señor Magdalena le había salvado la vida.

Esta única certidumbre le bastaba para decidirse. Dijose para sí: Ha llegado mi vez. Y añadió en conciencia: El señor Magdalena no deliberó tanto cuando se metió debajo de la carreta para sacarme de allí. Y decidió salvar al señor Magdalena.

Esto no obstante se hizo algunas preguntas dándose las correspondientes respuestas: Después de lo que hizo por mí, si fuera un ladrón ¿le salvaría? Sin duda alguna. Si fuera un asesino, ¿le salvaría? Igualmente. Entonces siendo un santo, ¿le salvaré? no hay duda.

Pero hacer que se quede en el convento, ¡ahí está la dificultad!

Ante esta tentativa, casi quimérica, no retrocedió Fauchelvent; aquel pobre campesino picardo, sin más medios que su buena intención y voluntad, y algo de esa proverbial astucia del lugareño, puesta á la sazón al servicio de una intención generosa, propúsose escalar las imposibilidades del claustro y las duras escabrosidades de la regla de San Benito. El tío Fauchelvent era un viejo que había sido egoísta toda su vida, y que al fin de sus últimos días, cojo, enfermo y sin vínculo alguno en el mundo, encontró un placer en el agradecimiento; y viendo que podía hacer una buena acción se arrojó como un hombre que en el momento de la muerte se encontrase en la mano un vaso de buen vino del que jamás hubiese catado, y se lo bebiese con avidez.

Puede añadirse también, que el aire que respiraba hacía algún tiempo en aquel convento había destruído su personalidad, habiendo acabado por hacerle necesaria una buena acción, cualquiera que fuese.

Tomó, pues, la resolución de consagrarse al señor Magdalena.

Acabamos de calificarle de "pobre campesino picardo". La calificación es justa, pero incompleta. En el punto á que hemos llegado de esta historia, es conveniente dar alguna idea fisiológica del tío Fauchelvent. Era aldeano; pero había sido escribiente, lo cual añadía la astucia curialesca á su astucia natural, y cierta penetración á su sencillez. Habiéndole salido mal sus negocios, por diferentes causas, pasó de curial á carretero y bracero.

Sin embargo, á despecho de los juramentos y los latigazos, que necesitan, al parecer, los caballos, había seguido interiormente siendo curial. Tenía cierto talento natural: no decía "j'ons" ni "j'avons"; sostenía una conversación, cosa rara en una aldea; y sus paisanos decían de él: habla casi como un señor de sombrero. Fauchelvent pertenecía efectivamente á la clase que el vocabulario impertinente y superficial del último siglo llamaba: "entre burgués y rústico"; y que las metáforas que iban del palacio á la cabaña, calificaban de "medio villano, y medio cortesano; sal y pimienta".

Fauchelvent, aunque muy probado y aún gastado por la suerte, especie de pobre y gastado ánimo, cuya trama se veía claramente, era hombre de primer impulso y muy espontáneo; preciosa cualidad que impide siempre ser malo. Sus defectos y sus vicios, porque los había tenido, eran superficiales; en suma, su fisonomía era de las que simpatizan desde luego con el observador. Su rostro no tenía ninguna de aquellas arrugas siniestras en lo alto de la frente, que indican perversión ó brutalidad.

Al amanecer, después de haber meditado muchísimo, el tío Fauchelvent abrió los ojos y vió al señor Magdalena, que sentado sobre un haz de paja, contemplaba á Cosette dormida. Fauchelvent se incorporó y le dijo:

—Y ahora que estáis aquí, ¿cómo váis á componeros para salir?

Esta frase resumía la situación, sacando á Juan Valjean de sus meditaciones.

Los dos buenos hombres celebraron consejo.

—Tenéis que empezar,—dijo Fauchelvent,—por no poner los pies fuera de este cuarto ni la niña ni vos. Un paso en el jardín nos perdería.

—Naturalmente.

—Señor Magdalena,—continuó Fauchelvent,—habéis llegado en muy buen momento, quiero decir, muy malo; hay una de estas señoras muy enferma. Esto hará que no vengan á mirar mucho por aquí.

Parece que se muere. Están rezando las cuarenta horas. Toda la comunidad está en el aire, ya no piensa más que en eso. La moribunda es una santa; y no es extraño, porque aquí somos santos todos. La diferencia entre ellas y yo sólo está en que ellas dicen: nuestra celda, y yo digo: mi choza. Ahora van á rezar la oración de los agonizantes, y luego la de los muertos. Por hoy podemos estar aquí tranquilos; pero no respondo de mañana.

—Sin embargo,—dijo Juan Valjean,—esta choza está en un recodo de la pared; está además oculta por unas ruinas y por los árboles, y no se la ve desde el convento.

—Y yo añado que las religiosas no se acercan nunca por aquí.

—¿Entonces?—dijo Juan Valjean.

Este "entonces" acentuado por un interrogante, significaba: Me parece que podemos permanecer aquí escondidos. A esto respondió Fauchelvent:

—Pero están las niñas.

—¿Qué niñas?—interrogó Juan Valjean.

Cuando Fauchelvent abrió la boca para explicar lo que acababa de decir, se oyó una campanada.

—La religiosa ha muerto,—dijo.—Este es el toque.

E hizo una seña á Juan Valjean para que escuchara.

Sonó otra campanada.

—Es el toque, señor Magdalena. La campana seguirá tocando de minuto en minuto, durante veinticuatro horas, hasta la salida del cuerpo de la iglesia. Ya véis, las niñas juegan. En las horas de recreo basta que una pelota ruede un poco más para que llegue hasta aquí, á pesar de las prohibiciones, y vengan á buscar y recorrer todo esto. Son unos diablillos esos querubines.

—¿Quiénes?—preguntó Juan Valjean.

Las niñas. Os descubrirían en seguida, y gritarían: ¡un hombre! Por hoy no hay cuidado, porque no hay recreo. El día se va á ir en rezos. ¿Oís la campana? Como os he dicho, dará un golpe cada minuto. Es el toque.

Ya entiendo, tío Fauchelvent; hay colegialas.

Juan Valjean pensó aparte:

—Esto será el hallazgo de la educación de Cosette.

Fauchelvent exclamó:

—¡Pardiez! ¡Si hay colegialas! ¡Y que no chillarían al veros! ¡Y que no huirían! Porque aquí ser hombre es estar apestado. Ya véis que á mí me hacen llevar una campanilla en la pata como una fiera.

Juan Valjean continuaba meditando cada vez más profundamente. "Este convento podrá ser nuestra salvación", murmuró. Luego levantó la voz diciendo:

—Sí, lo difícil es quedarse.

—No, dijo Fauchelvent;—lo difícil es salir.

Juan Valjean sintió que le afluí la sangre al corazón.

—¡Salir!

—Sí, señor Magdalena; para volver á entrar es preciso salir.

Y después de haber dejado pasar una campanada de duelo, continuó:

—Así no podéis continuar aquí. ¿De dónde venís? para mí habéis caído del cielo, porque os conozco; pero para las religiosas es menester haber entrado por la puerta.

Oyóse en este momento un toque bastante complicado de otra campana.

—¡Ah!—dijo Fauchelvent.—Llaman á las madres vocales al capítulo. Siempre que muere alguna celebran capítulo. Ha muerto al amanecer; es la hora en que se suele morir.

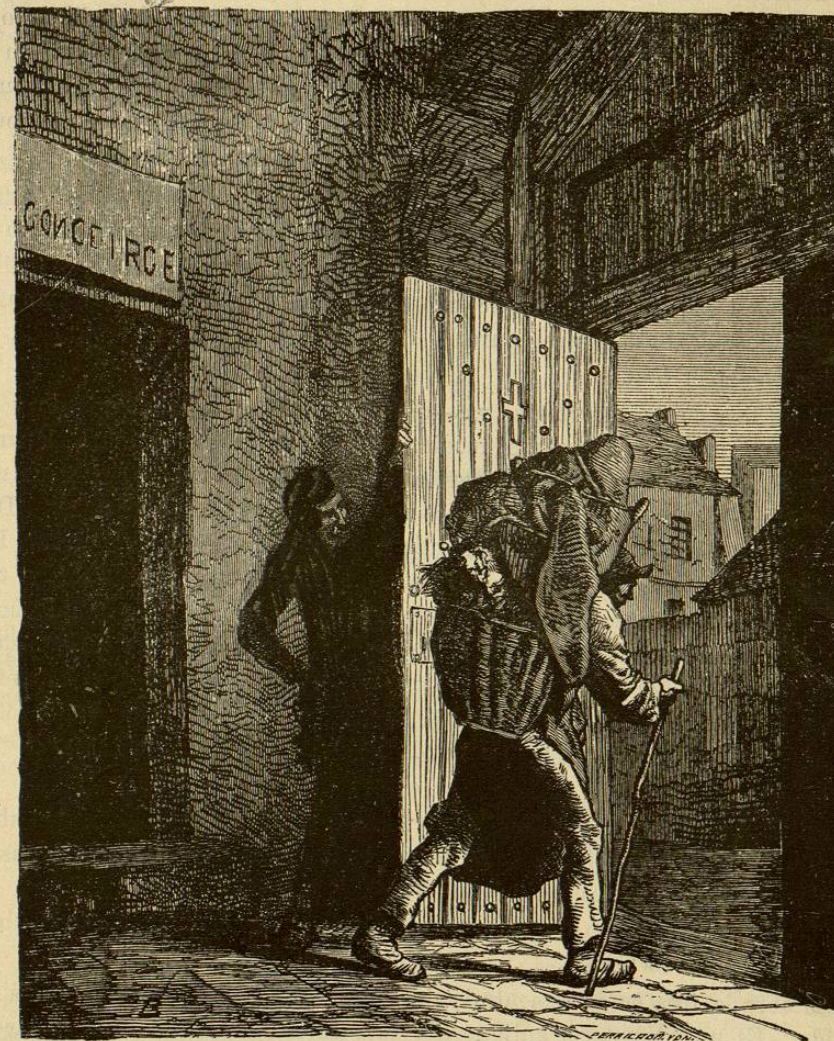
Pero ¿no podríais salir por donde habéis entrado? Veamos, yo no lo digo por preguntar: ¿por dónde habéis entrado?

Juan Valjean se puso pálido. La sola idea de volver á bajar aquella temible calle le hacía temblar. Salir de una selva de tigres, y estando ya fuera, pensar en el efecto que os haría el consejo de un amigo que os invitara á entrar otra vez. Juan Valjean se figuraba ver á toda la policía recorriendo el barrio, á los agentes

en observación, centinelas por todas partes, horribles garras extendidas hacia su cuello, y al mismo Javert quizá en el centro de la encrucijada.

—¡Imposible!—dijo.—Tío Fauchelvent, suponed que he caído del cielo.

—Si yo lo creo, por mí lo creo,—respondió Fauchelvent.—No tenéis necesidad de decírmelo. Dios os habrá cogido con la mano para veros de cerca, y des-



pués os habrá soltado. Sólo que sin duda quería llevaros á un convento de hombres, y se ha equivocado.

¿Otro toque? ¡Ah! es para decir al portero que vaya á avisar á la municipalidad, para que ordene al médico de los muertos á que venga á ver el cadáver. Todo esto es la ceremonia de cuando se muere; pero á estas señoras no les gusta mucho esa visita. Un médico no cree en nada. Viene, levanta el velo, y algunas veces otra cosa también. ¡Qué prisa han tenido esta vez para avisar al médico! ¿Qué será ello?

—Vuestra niña duerme. ¿Cómo se llama?

—Cosette.

—¿Es hija vuestra? O lo que es igual ¿sois su abuelo?

—Sí.

—A ella le será fácil salir de aquí. Hay una puerta excusada que da al patio. Llamo, el portero abre, yo llevo mi cesto al hombro, la niña va dentro, y salgo. El tío Fauchelvent sale con su cesto; esto es muy sencillo.

Diréis á la niña que esté quietecita debajo de la tapa. Después la deposito el tiempo necesario en casa de una vieja frutera, amiga mía, sorda, que vive en la calle de Chemin Vert, donde tiene una camita. Le gritaré al oído, que es una sobrina mía que la tengo allí hasta mañana; y luego la niña entrará con vos, pues yo os facilitaré la entrada. Será preciso. Pero vos, ¿cómo vais á salir?

Juan Valjean meneó la cabeza.

—Todo consiste en que nadie me vea, tío Fauchelvent. Buscad un medio de que salga como Cosette, en un cesto y bajo una tapa.

Fauchelvent se rascó la punta de la oreja con el dedo medio de la mano izquierda, señal evidente de grave apuro.

Oyóse un tercer toque.

—El médico de los muertos se va,—dijo Fauchelvent.—Habría mirado y dicho: Bien; está muerta. Cuando el médico ha visado el pasaporte para el paraíso, la administración de pompas fúnebres envía un ataúd. Si se trata de una madre, la amortajan las madres; si de una hermana, la amortajan las hermanas. Después clavo yo la caja. Esto forma parte de mis obligaciones de jardinería. Por lo visto, un jardinero tiene algo de sepulturero. Se deposita el cadáver en una sala baja de la iglesia, que da á la calle, y en la que no puede entrar ningún hombre más que el médico de los muertos, pues no cuento como hombres á los sepultureros ni á mí. En dicha sala es donde clavo yo la caja. Los sepultureros vienen por ella, y ¡arrea, cochero! Así es como se va á los cielos. Traen una caja donde no hay nada, y se la llevan con algo dentro. Y he ahí lo que es un entierro. “De profundis”.

Un rayo de sol horizontal iluminaba el rostro de Cosette dormida, que abría vagamente los labios. Parecía un ángel bebiendo la luz. Juan Valjean se puso á contemplarla. No escuchaba ya á Fauchelvent.

El no ser escuchado no es razón para callarse. El buen jardinero continuó pacíficamente su charla:

—Se abre la fosa en el cementerio de Vaugirard, que según dicen, va á ser suprimido. Es un cementerio antiguo que está fuera de las ordenanzas, que no tiene uniforme y va á tomar el retiro. Es lástima, porque es muy cómodo. Tengo allí un amigo, el tío Mestienne, el sepulturero. Estas monjas tienen el privilegio de ser enterradas al caer de la noche. Existe un decreto de la prefectura dado expresamente para ellas.

¡Qué de acontecimientos desde ayer! Ha muerto la madre Crucifixión, y el señor Magdalena ha...

—Sido enterrado,—dijo Juan Valjean, sonriendo tristemente.

Fauchelvent hizo rebotar la palabra.

—¡Diablo! Si estuviérais aquí en realidad, sería ello un verdadero entierro.

Oyóse un cuarto toque. Fauchelvent descolgó precipitadamente del clavo la rodillera con el cascabel, y se la puso en la pierna.

—Esta vez el toque es para mí. Me llama la madre priora. Bueno, me he pinchado con la punta de la hebilla. Señor Magdalena, no os mováis de aquí, esperadme. Algo de nuevo ocurre. Si tenéis necesidad, ahí encontraréis vino, pan y queso.

Y salió del cuchitril diciendo:—¡Allá voy, allá voy!

Juan Valjean le vió atravesar el jardín tan de prisa cuanto lo permitía su pierna torcida, mirando de pasada su melonar.

Antes de diez minutos el tío Fauchelvent, cuya campanilla dispersaba á su paso á las religiosas, llamaba suavemente á una puerta, y una voz dulce respondía: “Por siempre jamás. Por siempre jamás”, es decir: “Adelante”.

Aquella puerta era la del locutorio reservado al jardinero para las necesidades del servicio, el cual estaba contiguo á la sala capitular. La priora, sentada en la única silla del locutorio, esperaba á Fauchelvent.

II

Fauchelvent ante la dificultad.

El aire agitado y grave es peculiar en ocasiones críticas á ciertos caracteres y ciertas profesiones, y especialmente á los curas y frailes. En el momento en que entró Fauchelvent, estaba impreso este doble signo de la preocupación en la fisonomía de la priora, que era aquella buena é ilustrada señorita de Bleumeur, madre Inocente, generalmente alegre.

El jardinero hizo un saludo tímido, y se paró en el umbral de la celda. La priora, que estaba pasando las cuentas de su rosario, levantó los ojos y le dijo:

—¡Ah! ¿Sois vos, tío Fauvent?

Tal era la abreviación adoptada en el convento.

Fauchelvent repitió el saludo.

—Tío Fauvent, os he mandado llamar.

—Aquí me tenéis, reverenda madre.

—Tengo que hablaros.

—Y yo por mi parte,—dijo Fauchelvent con un valor que le asustaba interiormente,—tengo también algo que decir á la reverendísima madre.

La priora le miró.

—¡Ah! ¿Tenéis que comunicarme algo?

—Una súplica.

—Está bien, hablad.

El buen Fauchelvent, ex-cribiente, pertenecía á la categoría de los aldeanos que tienen mucho aplomo. Cierta hábil ignorancia es una gran fuerza; no se desconfía de ella, y engaña. En los dos años largos que Fauchelvent llevaba en el convento, se había granjeado el afecto de la comunidad. Siempre solitario y siempre dedicado á su jardín, no tenía realmente otro quehacer que ser curioso. A